

Clifford Goldstein

BEST SELLER

Historia de mi conversión



Best seller

Historia de mi conversión

Clifford Goldstein



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

1 - Réprobos/malditos

2 - Adictos al paracaidismo

3 - Obsesión

4 - Vagabundo

5 - Kibutz Gadot

6 - Llamado por mi nombre

7 - Best seller humeante

Conclusión

Best Seller

Historia de mi conversión

Clifford Goldstein

Dirección: Gabriela S. Pepe

Diseño del interior y de tapa: Giannina Osorio

Ilustraciones: Shutterstock (Banco de imágenes)

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 1999 Review and Herald Publ. Assn.

© 2017, 2020 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-192-6

Goldstein, Clifford

Best Seller: Historia de mi conversión / Clifford Goldstein / Dirigido por Gabriela S. Pepe. - 1ª ed. - Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-798-192-6

1. Autobiografías. 2. Vida Cristiana. I. Pepe, Gabriela S., dir. II. Título.

CDD 248.46

Publicado el 10 de junio de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prefacio

Conocimos a Clifford Goldstein en Frankfurt, Alemania, durante una serie de reuniones para escritores, redactores, gerentes de casas editoras y directores de publicaciones adventistas de todo el mundo. Hombre joven y simpático, de rostro delgado, nariz aguileña y cabello negro; sus ojos penetrantes, de mirada inquieta, revelaban su espíritu inquisitivo, que de un vistazo abarcaba mucho.

Cuando se puso de pie para hablar esa mañana, sencillamente nos cautivó con su palabra ágil y colorida. Algunos episodios de su vida se nos antojaban inverosímiles. ¡Qué senderos tortuosos transitó a trastabillones, hasta hallar por fin el Camino por excelencia! ¡Es que la gracia divina ocupada en salvar es extraordinaria! Y son inauditos los métodos empleados por Dios al aplicarla.

La fama mundana como autor de una novela para la cual respiraba y vivía, era su máxima preocupación. ¡Sería un *best seller*! o no sería nada. Durante su relato, nos hizo acompañarlo por diversas partes del mundo, en persecución de su quimera. Luego, nos contó sobre su conversión.

Hoy, Clifford Goldstein es un elemento clave en la Iglesia Adventista como escritor franco, prolífico y cautivador. Es director de la revista *Liberty* [Libertad], un prestigioso órgano de libertad religiosa, bien reconocida y apreciada en los círculos eclesiásticos dentro y fuera de la confesión religiosa. La historia de su conversión es impresionante; y se encuentra registrada en las páginas de *Best seller*.

El libro que ponemos hoy en manos de nuestros lectores podrá parecer extraño al principio. Sin embargo, muestra de qué modo, a pesar de la rebeldía y la desorientación del

joven Clifford, y a pesar de mostrarse como un irreverente enemigo del Dios del cristianismo, el Señor lo siguió con paciente amor e interés durante años, hasta que su búsqueda de la verdad lo confrontó con Cristo, la Fuente misma de lo verdadero e inmutable.

Con mucho interés y grandes expectativas, colocamos *Best seller* al alcance del público. Tenemos la certeza de que será, para jóvenes y adultos, una obra que leerán con verdadero deleite, a la vez que probará ser una fuente de inspiración y esperanza para muchos.

Los Editores

Capítulo 1

Réprobos/malditos

Mientras daba un baño de sol a mis párpados, acostado en el césped cerca de la biblioteca universitaria, oí una voz que me condenó al infierno.

-¡Tú, réprobo miserable! ¡Te vas a quemar en el lago de fuego, donde será el lloro y el crujir de dientes!

Abrí mis párpados. De pie, imponente y casi sobre mí, estaba un predicador de traje oscuro, blandiendo en el aire una Biblia, mientras profería horribles advertencias de condenación y juicio a los estudiantes reunidos en la plaza, un amplio espacio cubierto de césped entre la biblioteca y otros edificios de la Universidad de Florida. Cuando me levanté, las palabras más groseras de mi repertorio salieron a borbotones de mi boca y se las lancé como un esputo, pero me las devolvió en mi propia cara como si yo hubiera escupido al viento. Disgustado, me retiré detrás de la biblioteca.

Esta fue la primera confrontación que tuve con el predicador en la plaza; allí solían reunirse los estudiantes para fumar mota, almorzar, relajarse a pleno sol. La vida en la plaza era lenta, etérea, algo así como mujeres de vestidos largos sentadas bajo sombrillas blancas en los parques de París.

Entonces llegaba el predicador, y cuando la primera palabra salía de su boca, la suave combinación de colores que capturaban el espíritu de la plaza se transformaba en

sombríos tonos grises. Jed Smock había venido a esparcir las buenas nuevas. La guerra santa comenzaba.

Algunos huían, otros peleaban. Nadie era neutral. Lo que Jed decía, y la forma en que lo decía, exigía una respuesta. Quien no se iba, lo escuchaba.

Muchos escuchaban. Lo cercaba una multitud que, a veces, sumaba centenares de personas. De pie bajo el sol ardiente, embutido en su traje negro, predicaba acerca de la condenación eterna, el interminable fuego del infierno... y el amor de Cristo. Los estudiantes gritaban, lo maldecían e interrumpían con preguntas ofensivas. Un muchacho descamisado saltaba del círculo y, con las venas de su cuello palpitantes por la ira, lo abucheaba. Alguien lo bautizaba con Coca-Cola. Otros lo salpicaban con saliva. Unos pocos danzaban con gestos obscenos a su alrededor, mientras un muchacho soplaba humo de marihuana en su rostro. Otro estudiante, con una tupida barba rubia y vestido de monja, desgranaba chistes blasfemos que obligaban a la turba a retorcerse de risa mientras Jed invocaba la ira de Dios sobre aquel miserable réprobo, condenándolo a una eternidad ¡“en el lago de fuego, donde será el lloro y el crujir de dientes”!

Mi primer ataque, además de las terribles maldiciones que le lanzaba desde la multitud, fue teológico.

-Todo lo que sucede -proclamaba Jed, cuyo cabello era tan negro como su traje-, ¡todo es la voluntad de Dios!

-¿De veras? -le respondí saliendo de entre la multitud y poniéndole el puño bajo su rostro anglosajón-. Si te golpeo en la boca, ¿también será la voluntad de Dios?

-Tú me tocas -gritó, desafiante-, y no vivirás para ver el amanecer.

Así comenzó mi “relación” con el reverendo Jed Smock.

La verdad es que, pese a nuestras disputas verbales, no odiaba a Jed; para ser honesto, me caía bien. En las pocas ocasiones en que hablamos a solas, cuando no lanzaba sus advertencias acerca de la condenación eterna y yo no me exhibía frente a la multitud, pensaba: *Este tipo no es tan mala gente*. No obstante, en los dos años durante los cuales estudié en la Universidad de Florida, cuando Jed venía, yo me paraba dentro del círculo de estudiantes y maldecía: a él, a su madre, a su Dios, y a cualquier otra cosa que él amara o en la que creyera.

Me hice famoso en todo el pueblo. A veces, estaba tomando tranquilamente una cerveza en un oscuro bar, cuando algún desconocido me estrechaba la mano y me felicitaba por “hacerle la vida imposible al predicador”. Mis amigos me apodaron “*El hostigador*”.

El apodo me caía bien. Cuando Jed predicaba, yo daba vueltas alrededor de él como un ángel maligno; y si me derrotaba en algún encuentro filosófico o teológico, yo prorrumpía en obscenidades insensatas, que hacían que se revelara lo mejor de él.

-¡No hay esperanza para ti! -me gritaba-. He visto muchos malvados antes, pero tú no tienes esperanza, miserable depravado. Te vas a *quemar* en el infierno para siempre, ¿me escuchas? ¡Para siempre!

Cierta vez, mientras librábamos una batalla verbal delante de una multitud entusiasmada, me dijo, silbando como serpiente:

-¿Por qué no desapareces de aquí y me dejas en paz?

-¿Y por qué mejor no te largas tú de aquí, fanático ignorante? -le grité, devolviéndole el insulto.

No es que yo fuera el más bárbaro de los escarnecedores; no lo era. Lo que pasa es que era el más persistente.

-¿Por qué -me preguntaba un amigo- pasas tantas horas allá, con ese idiota?

No lo sabía. Seguro que el ser judío tuvo algo que ver con eso. Amargado por la persecución que sufrieron los judíos "en el nombre de Jesús", pensaba que los cristianos no creían que la sangre judía de Jesús haya sido suficiente para expiar sus pecados. Por eso, necesitan más sangre judía; razón por la cual han estado derramando la nuestra durante siglos. Cuando miraba a Smock, su fervor, su fanatismo, lo imaginaba en un relumbrante corcel negro, con la espada en una mano y una cruz en la otra, anunciando las buenas nuevas a los judíos cuyas carnes se quemaban en la hoguera. Suponía que hostigar a Smock era mi venganza por 1.500 años de sufrimiento y persecución.

-¡Acepten a Jesús -nos advertía-, o se quemarán!

¿Jesús? ¿Aceptar a Jesús? No acepto a Moisés, ¡mucho menos a Jesús! La Biblia, para mí, era el rimbombante desvarío de un grupo de arrieros de camellos pulgosos, quienes cansados de cargar incómodos ídolos de piedra por el desierto, inventaron la idea de un Dios a quien no podían ver, al que llamaron Jehová. La religión es un mito, sueños simbólicos ocultos que guarda el reprimido subconsciente de los antiguos... que garabatearon sus frustraciones freudianas en rollos quebradizos.

No era extraño que yo estuviese amargado. Una cosa es matar por una causa que puede ser pesada y medida, como decapitar a un tirano que encierra y encadena a su pueblo.